

Cristian Oyarzo

Purranque



En Oromo Forrahue no había luz. En las noches, cuando cruzaba de la mano de mi padre la plaza de Purranque, no tenía ojos para otra cosa que los destellos de las teles pueblerinas entre los visillos. Alguna vez, caminando en lo oscuro por el viejo camino que lleva al puente, le reclamé por qué no teníamos. Pero él era de no contestar mucho mis preguntas. Solo dio una pitada más y se encendió la única que conocí durante toda mi infancia, la de las brasas de su cigarro. Vivía en una casa sobre una cuesta, desde la cual todas las mañanas podía ver rebaños de ovejas pastando entre la niebla. Tenía la biblioteca que abandonó mi tío Héctor por arrancar de los milicos y cuando terminé el último libro seguía triste por su ausencia. Tenía un huerto con tablones llenos de arvejas y habas y una quinta con cerezos, manzanos y maqui. En el verano podía nadar en el río todo el día y chutear en la pampa hasta que la pelota no se viera, pero al llegar a casa y entrar en la penumbra de las velas no tenía luz.

Anoche una vez más se cortó en la Villa Olímpica. Encendí una vela para leer, como hacía cuando niño.



La ocasión no se dio no más. El curso de mapuche anunciado en la pizarra pública tenía un horario imposible para mí. Iba pasando frente a la sede comunitaria de la Villa Olímpica y dentro del recinto vi a un flaco de barba y su perro; le dije: “¡Oye, disculpa ¿cómo se llama el profesor que enseña mapuche?”. No lo recordaba pero me dio un dato bueno. Era el panadero del negocio de los franceses, abajo de la torre.

Pudo haber pasado una o dos semanas hasta que una tarde en que entré a comprar la *baguette* adictiva, apareció con un canasto lleno recién salido del horno y entonces me dije “este hombre tiene que ser”. Como casi no había gente en el local, le solté lo primero que se aprende en un curso de nivel básico: *Mari mari, pe-ñi, Cristian pingen iñche ¿Iney pingeymi? ¿Eymi kimel-tukeymi mapudungun Centro Comunitario mew?* De la sorpresa inicial pasó a la alegría. Me dijo que si hubiese estado en su casa, me habría invitado a tomar unos mates. Pero estaba en la pega. Me reí. Me convidó a su curso. Le dije lo del horario. Para otra vez, *pewkayael*.



De muy niño me tocó manejar la yunta, mientras mi viejo empuñaba la horqueta arriba del coloso y arrojaba el silo sobre el pasto quemado por la escarcha. Nuestra ropa de pega olía a forraje y a mierda de vaca. Mi mamá todas las noches la colgaba junto a la estufa a leña. Sobre esa ropa en la noche dormían las moscas.

Un día, la vaca que ordeñaba sacó su cola de entre las maneas y se cagó. Antes de que pudiera evitarlo, sacudió su cola y le dejó la cara llena de caca. También cayó un resto dentro del balde. Mi viejo, maldiciendo, arrojó con furia la leche sobre el barro del establo.

✱

Este miércoles en la noche, mientras pedaleaba de vuelta por calle Aristóteles, me topé con la caravana de zorrillos y guanacos con los que se desalojó a los ocupantes de los terrenos del centro comunitario. No vi el desalojo, pero la columna de máquinas y Fuerzas Especiales era como para ir a una guerra, una cantidad absurda tratándose de un puñado de gente pacífica que se dedicaba a armar una biblioteca. ¿Qué habrá pasado con el material didáctico que había en los estantes de la sala, con los vocabularios, las gramáticas y las guías para enseñar las fórmulas de cortesía de la conversación civilizada, las fórmulas de la lengua y la cultura mapuche? No me cuesta nada imaginar ese material en manos de las Fuerzas Especiales, incautado como evidencia de las intenciones subversivas de los ocupantes.



Mi mamá se llama Nora Barrientos y todavía vive en Purranque. Es hija de la finada Clarita Raimilla, a la que sus nietos llamábamos “abuelita kuchen” porque en su casa siempre había uno recién preparado. Apenas cumplió la mayoría de edad, la Clarita cambió su nombre por el de María Catalina Lagos. Pero la costumbre fue más fuerte y todos en la familia le siguieron llamando Clarita.

Nora se educó en el Colegio San Gaspar de la Congregación Preciosa Sangre. La educación que le dieron las monjas la preparó para ser asesora de hogar. Trabajó por años como empleada puertas adentro en el fundo del alemán Bretauer. Prácticamente le crio sus tres hijos. Hasta que se casó con mi viejo y entonces dedicó su vida a Paola, a Carol y a mí. Recuerdo que cuando caminábamos a diario rumbo a la escuela, los Bretauer pasaban siempre en sus camionetas. En el invierno nos salpicaban agua y barro y en el verano nos dejaban tapados en polvo. Mi mamá no dejó nunca de referirse con cariño a sus patrones y a sus hijos. Pero a mí siempre me pareció extraño que jamás se detuvieran a recogerla, ni a saludarla.

El pasado domingo 3 de agosto mi mamá estuvo de cumpleaños. Saber esa fecha me ayudó una vez a sacarme una buena nota en una prueba de Historia, porque fui el único que se acordó de cuándo Colón zarpó del Puerto de Palos. La saludé por teléfono. Hablamos por

harto rato de sus nietos, de la casa inundada, de su salud y de mi tío Ocho Mil. Me dijo también que en Purranque, en ese momento, llovía a cántaros y que era bueno que yo no hubiese viajado porque habría ido a puro mojarme. Sé que lo dijo para hacerme sentir bien. Quedamos en que viajaría a verla apenas se arreglara el tiempo. No le quise contar que ese día tenía un partido de fútbolito muy importante y que por ese motivo igual no habría viajado. Corté la llamada, me subí a la bici y empecé a pedalear en dirección a la cancha.



Un día hubo gran alboroto en el gallinero de la casa. Pensando que se trataba de un zorro o un visón, agarré una estaca y fui a ver qué pasaba y poner orden. Miré por todos lados y nada. Entonces me puse a revisar uno por uno los nidos, hasta que de repente encontré, escondido en la paja, el huevo más raro que he visto en mi vida. Era pequeño, redondo como una pelota de *ping-pong*, y de un color atípico, que no se puede describir. Las gallinas seguían espantadas. Tomé el huevo y fui a la casa a mostrárselo a mi mamá. El cacareo que armó al verlo fue peor que el de las gallinas. De un manotazo me quitó el huevo, abrió los anillos de la estufa a leña y lo lanzó al fuego. Mientras miraba cómo el huevo se convertía en carbón, le pregunté a mi vieja qué diantre y ella, hablando bajito, como diciendo algo que no se debe nunca nombrar, “es un huevo de culebrón, hijo”.

✱

El río que está a cien metros de mi antigua casa se llama Forrahue. En sus pozones aprendí a nadar. Y en la cancha que estaba a la orilla, aprendí a jugar a la pelota. Con frecuencia alguien la despejaba y caía al agua. Por eso existía la regla tácita de que quien la echaba al río tenía que meterse. En invierno, cuando el río subía, intentábamos sacarla con un colihue, pero hubo veces en que no pudimos y la corriente se la llevó.

Hoy en la madrugada acaba de desbordarse el Forrahue. En internet hay una foto y los arcos de la cancha están sumergidos bajo el agua. Al fondo de la imagen se alcanza a ver mi vieja casa, cubierta hasta las ventanas. Son las nueve de la noche.



*Tüfa mu iñche ta kim mapudungulen Emilio Kollonaw
kimelfe ñi kursu mew, pu karukatu ruka mu, Filla Olím-
pika lof¹.*

¹ En este momento estoy aprendiendo mapuche en el curso del profesor Emilio Collonao, en la sede de la junta de vecinos de la Villa Olímpica.



En Purranque la población se llamaba Kansas; en Casma, Kentucky. Hay varias poblaciones en la zona con ese tipo de nombres, porque fueron los gringos los que dieron la limosna para construirlas después del terremoto del sesenta. Se suponía que las viviendas serían de emergencia, provisorias. Hasta el día de hoy esas casas siguen habitadas.

Mis mejores amigos de la media vivían en Casma. Nunca entendí bien por qué estudiaron en Purranque, si Frutillar les quedaba hartito más cerca y el Liceo de Purranque era ahí no más. Además, ellos tenían recursos, podían haber estudiado en un subvencionado de curas. Supongo que sus viejos prefirieron darles educación pública y laica. Eran otros tiempos.

En la población Kentucky de Casma vivía la abuelita de ellos. Era verano y ella había estado delicada de salud. La visitamos durante una tarde entera. En algún momento quedé solo con ella en la cocina. Siempre he tenido facilidad para sacarle conversa a la gente anciana, tengo paciencia. Entre mate y mate me contó historias antiguas, de los tiempos en que la fábrica de lino le daba trabajo a todo el pueblo y hasta el tren se detenía en la estación de Casma.

Esperé, esperé y esperé. Cuando sentí que había confianza, le hice la pregunta.

—¿Usted se quedó sin vista hace mucho?

Se tomó su tiempo, cebó el mate y me lo ofreció. Me respondió llevándome a un día de su niñez. Casma no existía, todo era campo. Se les había acabado el azúcar y su mamá la mandó donde unos vecinos a pedir una taza prestada. Para llegar allá había que atravesar un monte y una ciénaga, por un sendero. Iba pasando por el pantano cuando sintió ruido entre las matas de junco. Pensó que podía ser un novillo que andaba pastando. Pero no era un novillo. El bicho cruzó el sendero a metros de ella. Tenía cabeza de caballo, con una cresta y echaba una especie de silbido. Su cuerpo era grande como el de una culebra muy gruesa pero tenía pequeñas patas. El bicho cruzó el camino y rápidamente se internó al otro lado del pantano. Me resumió el terror que sintió en ese momento con una palabra: frío. Por mucho tiempo no se lo contó ni siquiera a sus padres.

—Quedé ciega siendo niña. Vi algo que no había que ver, hijo.



Mi tío Ocho Mil vive en Purranque y no hay día en que no me llame para contarme novedades sobre el asunto de la inundación del Forrahue. Él pasa cada madrugada por el camino de Oromo rumbo a su pega en el fundo El Moro y aprovecha de echarle un vistazo al río. Anoche me contó que las aguas se habían recogido bastante y que la casa ya no estaba inundada hasta las ventanas. También me contó que vio salir humo de algunas chimeneas, señal de que los vecinos están regresando.

Mi tío Ocho Mil es la persona más optimista que conozco. Nunca deja de verles el lado bueno a las cosas. Cuando lo acompañé al Monumental, después de ver perder al Colo ante Palestino, fue el único hincha que salió contento del estadio por encontrar que su equipo había jugado bien. Ahora, con este asunto de la inundación, le pregunto qué tan malo es que haya ocurrido. Me responde: “¡Juee, esa tierra sí que va a quedar buena, acuérdate no más lo lindas que van a salir esas papas la próxima cosecha!”.

A mi tío le dicen Ocho Mil desde niño. Le costó mucho aprender los números. En primero básico decía “un, dos, tres, ocho mil”.



Hubo un tiempo en que podía pasar horas mirando el pozo que estaba detrás de la casa. Mi viejo había echado unos camarones para que se comieran los bichos y de ese modo purificaran el agua y pese a que se lo pasaban escondidos en las cuevas y las vertientes, a veces yo tenía la fortuna de verlos moverse debajo de mi reflejo y nadar rápidamente de un extremo a otro para volver a ocultarse. Cuento esto porque anoche me soñé en el borde del pozo, pero en lugar de camarones había dos peces negros que nadaban cada uno en sentido contrario, en el fondo.

El pozo con el que soñé anoche era el último en el que trabajó mi viejo antes de saber que tenía cáncer. Esa vez no quiso revestirlo con madera, sino que usó cemento, como si supiera que no tendría otra oportunidad para dejar algo que perdurara. Recuerdo muy bien esa última faena. Mi viejo llevaba muchos años enemistado con mi tío Lucho, su hermano menor. Sin embargo, por esa vez, por esa última vez, trabajaron los dos codo a codo, aunque casi ni se hablaron.

Mi viejo y mi tío Luis están sepultados en la misma tumba en el cementerio de Purranque.